

JOSÉ ANTONIO MARINA

es@lavanguardia.es



crear

LA PEREZA

Freud pretendió descubrir nuestra arqueología íntima, es decir, aquellas experiencias pasadas que, desde nuestro inconsciente, influyen en nuestro modo de sentir y pensar. Las costumbres, creencias, códigos, instituciones de una sociedad tienen también su genealogía olvidada pero viva, su inconsciente. De la misma manera que nuestro genoma guarda rastros de nuestros más remotos antepasados, nuestra cultura conserva información cifrada del ayer. Por eso, un análisis

del presente que no atienda a su historia ha de ser forzosamente superficial, incompleto o falso. Es como intentar comprender una separación matrimonial fijándose en la última disputa. ¿Se puede comprender nuestra moral sexual, la crisis de autoridad, los problemas nacionalistas, la Constitución española, las actitudes de la Iglesia, el descrédito de la política y muchas cosas más sin recordar cosas olvidadas? La urgencia de este psicoanálisis social y político me lleva a ocuparme cada vez más de la historia.

Es lógico, pues, que me interese conocer cómo se formó la conciencia moral europea. Les pondré un ejemplo. Desde el siglo V se repite una lista de los grandes vicios humanos, de aquellos que, por ser cabeza de otros muchos, se llaman capitales. En la escuela nos los hacían aprender de memoria. Eran siete: soberbia, avaricia, lujuria, ira, gula,

envidia, pereza. A pesar de las apariencias, no era una relación de pecados, sino una descripción de los malos hábitos del corazón. Los moralistas hablaban, pues, de geología íntima, de pasiones que, encendidas, podían arrasar la conciencia. La lista se mantuvo durante siglos, salvo un curioso cambio. En un principio, los siete vicios eran ocho, porque se incluían la tristeza y el tedio, que después se unificaron en la pereza. Sorprendente operación de síntesis, sobre la que voy a hacer un zoom. Pereza significa en este momento falta de laboriosidad. Por ello se ha podido hacer un *elogio de la pereza* criticando una vida centrada únicamente en el trabajo. Pero, en su origen, no se trataba de un vicio laboral, sino de la languidez en buscar la excelencia. Era un hastío de la grandeza. Eso es lo que emparentaba a los dos vicios que acabaron fundiéndose. La tristeza era la incapacidad de disfrutar de las cosas buenas, incluida la

esperanza. Se trataba de una especie de pesimismo metafísico. Y el tedio era el aborrecimiento (el aburrimiento) de los bienes espirituales. Como diría Sartre, caer en la viscosidad de lo finito. Tomás de Aquino, un genio analizando las pasiones, estableció una diferencia radical entre animales y hombres. Los animales se dejan llevar por lo

**ME
PREOCUPA
QUE
PODAMOS
OLVIDAR
NUESTRA
GRANDEZA
Y NOS
DEJEMOS
LLEVAR POR
LA DESIDIA**

fácil, mientras que los seres humanos aspiran a lo arduo. Su peculiar trabajo es superarse a sí mismos, "bailar sobre sus propios hombros", como dijo Nietzsche. Dentro de esa visión, la pereza adquiere un significado nuevo. Es el encanallamiento, el rechazo de lo difícil, de lo noble, de lo magnánimo. La magnanimidad (la virtud del *alma grande*) se definía como afán de emprender grandes empresas. Lo que preocupaba a Aquino, y a mí también, es que nos podamos volver todos perezosos, olvidemos nuestra grandeza y nos dejemos llevar de la desidia, es decir, del primer deseo que llame a nuestra puerta. ■



Raúl